



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

### Indicadores de autenticidad pastoral

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 23, 1-12 (31<sup>er</sup> Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 5 de Noviembre de 2017)



La planificación estratégica es uno de los factores que está ayudando al éxito y a la consolidación de las organizaciones modernas. Marcar objetivos claros, definir las prioridades, hacer un diagnóstico lo más cercano posible a la realidad y saber con qué se cuenta para desarrollar el plan son tareas, entre otras, que no podemos pasar de largo a la hora de iniciar cualquier empresa. El complemento necesario de la planificación es la evaluación que nos indica que tan lejos o cerca estamos del cumplimiento de los objetivos que nos marcamos. Cuando diseñamos las herramientas de planificación y evaluación hay un capítulo muy importante: el diseño de los indicadores, es decir, de los baremos que nos van a permitir analizar, con una buena dosis de certeza, los alcances de nuestras realizaciones de cara a la satisfacción de los objetivos. Esto es importante aunque, para muchos, hablar de estos temas, repele.

El Evangelio de este domingo nos ofrece tres **indicadores de autenticidad pastoral**, tres criterios que nos pueden ayudar a reflexionar sobre nuestro ser y nuestro modo de proceder. Podemos preguntarnos: ¿nuestro modo de ser y estar en el mundo se corresponde con el que propone Jesús para sus discípulos?

**Coherencia.** “Los maestros de la ley y los fariseos son los encargados de interpretar la ley de Moisés. Por lo tanto, obedecedlos y haced todo lo que os digan. Pero no sigáis su ejemplo, porque dicen una cosa y hacen otra”.

La coherencia entre lo que pensamos, sentimos, decimos y hacemos es un criterio de autenticidad innegable y, creo yo, una fuente de crédito. Muchas veces nuestros discursos, bien elaborados y fundamentados en la Sagrada Escritura, en las enseñanzas de la Iglesia y en la reflexión de eminentes teólogos, se vienen abajo cuando no están respaldados con nuestra vida. Esta unidad indisoluble entre la palabra que se pronuncia y la vida la recoge bellamente la expresión atribuida a San Francisco de Asís: predica el Evangelio en todo momento y, **si es necesario**, usa las palabras. También lo decía de forma magistral el beato Pablo VI en el número 41 de la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*: “El hombre contemporáneo **escucha más a gusto a los testigos** que a los maestros o si escucha a los maestros es porque son testigos”.

**Centralidad de Jesús.** “Todo lo hacen para que la gente los vea (...) Desean los mejores puestos en los banquetes, los asientos de honor en las sinagogas, ser saludados con todo respeto en la calle y que la gente los llame maestros”.

Al indicador de la coherencia agregamos ahora el de la centralidad de Jesús. El contenido de nuestra predicación no puede ser otro que el Señor Jesús, él es el camino, la verdad y la vida. No obstante, cuando perdemos el norte, empezamos a creer que los frutos de la misión evangelizadora se garantizan por nuestras capacidades intelectuales, nuestra creatividad pastoral y nuestros talentos para relacionarnos con las personas. Cuando esto pasa, nos volvemos el centro y desplazamos a Jesús convirtiéndolo en el pretexto para anunciarnos a nosotros mismos y buscar nuestra gloria. ¡Qué lejos está esto de la expresión del Salmo 115!: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria.”

La centralidad en Jesús está nítidamente expresada en el Evangelio: “Pero vosotros no os hagáis llamar maestros por la gente, porque todos sois hermanos y uno solo es vuestro Maestro. Y no llaméis padre a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el que está en el cielo. Ni os hagáis llamar jefes, porque vuestro único Jefe es Cristo.”

¡Qué importante tener esto claro y grabado en nuestros corazones! Que importante es no dejarnos llenar el corazón con las mieles del éxito y del reconocimiento para poder dedicar todas nuestras fuerzas: físicas, psíquicas y espirituales al servicio del anuncio del Evangelio de la vida, de la justicia, de la liberación, de la paz, etc. Para anunciar, a tiempo y a destiempo, que solo el Señor es la fuente y la razón de nuestra vida y el que llena de sentido lo que somos y hacemos. Cuando nos centramos en Jesús hacemos vida esta frase que nos decía el maestro de novicios al entregarnos la cruz de votos en la Compañía: “Recuerda que si tienes a Cristo tienes todo aunque no tengas nada; si Él te falta, no tendrás nada aunque lo tengas todo.”

**Humildad.** Los dos indicadores anteriores tienen un colofón grandioso. La autenticidad pastoral se da en las personas que son capaces de salir de sí mismos para darse totalmente a los demás **desapareciendo en ellos**. En los que, lejos de buscar su grandeza, se dan totalmente sin buscar nada a cambio: ni honores, ni grandezas. Hombres que, como el hermano jesuita San Alonso Rodríguez, de quien celebramos esta semana el cuarto centenario de su muerte, se dedican a amar en el silencio, donde nadie los ve, sin hacer ruido porque para ellos, toda la gloria es para el Señor.

Tres indicadores para reflexionar sobre nuestra autenticidad pastoral. Os invito, en actitud de examen interior, a mirar vuestra vida. Yo lo he hecho y he suspendido, pero sé que el Dios de la Misericordia me dará y, a quienes de vosotros también suspendan, una segunda oportunidad.